

# Poesía, historia y educación: Tres dimensiones de una vida consagrada a la creación\*

Amalia Lluch Vélez  
Catedrática  
Universidad del Sagrado Corazón

## Resumen

En este artículo la autora identifica y profundiza en tres dimensiones que definen la vida y obra de Francisco Lluch Mora: las facetas como poeta, historiador y educador arrojan indisolublemente al creador y a la persona. Centrándose en el análisis de su poemario **La lumbre y el ocaso: momento de las alegorías**, Amalia Lluch resalta la intencionalidad del poeta de trascender sus circunstancias, aprehender su particular concepción interior y expresar, a través de la voz lírica, los secretos que iluminan las verdades. Simultánea esta tarea con sus vocaciones de historiador y educador, proyectando una labor que es espejo claro “de la voz magisterial del intelectual, vertida en la palabra mágica y trascendente del poeta...”

Palabras claves: Francisco Lluch Mora –poeta - historiador – educador - intelectual

## Abstract

This article identifies and ponders three dimensions that define the life and work of Francisco Lluch Mora in whom the facets of poet, historian and teacher shelter the creator and the person. By focusing on the analysis of his anthology **La lumbre y el ocaso: momento de las alegorías**, one can highlight the poet's intention to transcend his circumstances, to understand his inner self, and to give lyrical voice to the secrets that enlighten truth. Lluch combines this task with his vocations of historian and educator, projecting a labor that is a mirror image “of the teaching voice of the educator, spilling into the magical and transcendental expression of the poet...”

Key words: Francisco Lluch Mora – poet – historian – educator - intellectual

Me parece oportuno reflexionar sobre la vida de un humanista que se consagró a tres discursos sensibilizadores: la poesía, la historia y la educación. Y es que desde su quehacer en la academia y en el mundo de la cultura, a lo largo de toda su vida, Francisco Lluch Mora se ha dado a conocer en esas tres dimensiones. Como poeta, movido, como todo artista, por el deseo de comunicar y compartir su particular mirada, de dejar oír sus voces interiores. Como historiador, preocupado

por escudriñar en los sucesos de la cotidianidad y en la micro historia puertorriqueña el devenir de nuestro pueblo en su dimensión social, política y cultural, para encontrar las señas que definen hoy nuestra identidad. Como educador, preocupado por guiar a sus alumnos en su desarrollo intelectual y moral, por sensibilizarlos a la cultura y a los valores del espíritu, por abrirles ventanas al mundo. Esas tres dimensiones de su quehacer, que se manifiestan de una u otra forma en toda

su obra, nos ofrecen un retrato más justo e integrado de la personalidad del hombre.

Si un poema es un “surtidor de significaciones”, como bien ha señalado Octavio Paz, me parece oportuno detenerme unos instantes en uno de los poemarios que definen a mi padre: **La lumbre y el ocaso: Momento de las alegorías**, publicado en 1973. En él afloran en múltiples formas las tres dimensiones mencionadas.

En el trasfondo de las 17 composiciones que conforman este libro sobresale, claro está, la dimensión poética, en la que abundan referencias a los postulados del Movimiento Trascendentalista, fundado por Francisco Lluch Mora, Félix Franco Oppenheimer y Eugenio Rentas Lucas. Dicho movimiento, afirma Lluch Mora en la obra **El ser y el tiempo en la metafísica de Félix Franco Oppenheimer**, “ahondó en la esencia más íntima del ser, en la interioridad de sí mismo para

encontrar la verdad”. Ese es precisamente el impulso que llevó al poeta a iniciar en **La lumbre y el ocaso** un viaje hacia las profundidades de su ser. Cada poema es como un faro que guía al lector por los caminos más íntimos de su alma.

La primera composición del libro, titulada “Acoged este canto con que os digo mi nombre”, nos recuerda el verso de Juan Ramón Jiménez “Inteligencia dame el nombre de las cosas, el nombre exacto de las cosas”. Y es que en la poesía, como en la magia, el nombre recoge y ofrece la esencia misma de las cosas; también de las personas. El poeta pide al lector que reciba su canto, en el que revela su sentido más íntimo, las esencias de su ser.

Como el maestro y el historiador, que intentan siempre abrir las ventanas, desentrañar secretos, despejar dudas, iluminar verdades, el poeta nos ofrece su verdad interior. Escuchémoslo:

Acoged este canto ahora que hay ventanas  
para mirar adentro del mundo que alentamos,  
este mundo de sueño que hemos construido  
en alas de la música que tiene nuestra sangre,  
en el que pugnan siempre la luz de la paloma  
y el terrible leopardo que la ataca inminente.

La paloma aquí se convierte en símbolo de la lumbre; y el leopardo que acosa la luz con sus garras poderosas, es símbolo del ocaso, de la oscuridad que puebla también ese mundo de sueño, íntimo, que el poeta mismo se construye y cuya verdad sale a la luz en el poemario. De ahí el título de éste: **La lumbre y el ocaso**. Estos valores contrapuestos nos insertan en el vórtice de conceptos binarios que se suceden a lo largo de la obra, mediante los cuales el autor problematiza la búsqueda conflictiva en que se inscribe la poética

de los trascendentalistas. El poeta transita y nos lleva en este viaje a su interior entre la luz y la oscuridad, el desamparo y la esperanza, la alegría y el dolor, el amor y el abandono, el silencio y la música.

No es de extrañar que la obra lleve por subtítulo el de **Momento de las alegorías**, pues el elemento comparativo que entrañan las metáforas es propio también de las alegorías. Lo es, además, de los apólogos y las parábolas evangélicas. Ese elemento comparativo le permite al poeta transitar por diversas

dimensiones de la realidad. Evidentemente, tras esta estrategia textual, no sólo vemos al poeta, sino también al maestro que recurre a la alegoría para ofrecer pistas, claves, que permitan desentrañar el significado profundo de los textos.

Hay algo también del maestro en el uso persistente en el poemario de verbos exhortativos: **acoged, no busquéis, comprended, contemplad, buscadme...** El poeta guía al lector en ese viaje a su interior, le llama la atención, le ofrece cauces para profundizar en el texto poético y en el de su propia alma.

Esos vocablos invitan a abrir o cerrar las puertas del alma del autor para dar con las claves que definen sus intereses, sus pasiones. El lector, afirma el poeta, puede rastrear la voz viva del tiempo en los “daguerrotipos tristes” de sus antepasados; en las “palomas detenidas”, acaso por la muerte; en las “raras cartas de viaje con veleros de Flandes”; en los “grabados de otro tiempo: el puerto de Marsella, el Golfo de Vizcaya con sus raros tritones y las velas al aire de bajeles en ruta”; en las vasijas sepultadas bajo el polvo de viejos concheros”; en las antiguas llaves de hierro de portones de otro tiempo. En esa enumeración se revelan las amplias y ricas fuentes culturales del poeta, del historiador, del educador. Lluch Mora afirma: “son esos los objetos que han pasado a mi canto y que son en mi verso ya algo de mí mismo”. Cada objeto establece claras referencias a las tres dimensiones que han determinado la vida y la personalidad del hombre que es mi padre.

Los poetas tienen, sin duda, la capacidad de escuchar la voz secreta de las cosas, de los objetos que nos rodean; voz que para la mayoría de nosotros pasa

casi siempre inadvertida. Del eco de esas voces construyen su mundo de sueño. Lluch Mora es, con la obsesión de quien también ama la historia, de quien la investiga y la enseña, un coleccionista de objetos y de voces. Su biblioteca está llena de ellos. Como Neruda con sus mascarones de proa, sus botellas de cristal, sus cuernos de nerval, Francisco Lluch Mora ha vivido toda su existencia jugando y soñando con objetos: viejos retratos de familia, hermosos libros con topes de cabritilla y canto dorado, antiguos grabados, recuerdos del pasado y cuanto objeto curioso atrae su atención. Como en Neruda, el conocimiento histórico y el mundo referencial de esos objetos son instrumentos de afirmación poética y parte integral de la vida misma.

La poesía de Lluch Mora, por otro lado, se inscribe en el espacio y en el tiempo de una realidad histórica, pasada o presente, cuyas coordenadas e interconexiones nos muestran el magisterio de su voz. Su mundo de sueño no es ajeno a los problemas y preocupaciones de la vida contemporánea. Su ojo de historiador está atento a todo lo que ocurre a su alrededor; su vocación de educador lo obliga a buscar y compartir respuestas.

En “Última alegoría”, poema incluido en el libro que comentamos, Lluch Mora reacciona con la sensibilidad del poeta, del historiador y del educador, a la desolación que ha causado en su paisaje sureño una industrialización insensata y desbocada. El leopardo ataca una vez más a la paloma y, en este caso, la abate. Las petroquímicas atacan inmisericordemente la naturaleza prístina de la patria, la belleza de su paisaje. Veamos:

Toda la voz me llega en el espanto  
que tienen las montañas sollozantes,  
esas grises montañas que se vedan  
aherrojadas en humo y en neblina.

Esos versos aluden a las chimeneas contaminantes de las refinerías y al efecto desdibujante de sus humaradas. Ese ocaso de gases y hollines, ese reverberar de fuegos y el ruido ensordecedor de las fábricas hace vibrar también la voz poética. El poeta dice:

Toda la voz me llega en esta hora  
cuando el otoño tiembla en la hojarasca,  
cuando un Ángel socava la alegría  
entre un furor de fuego y de metales.

El poema trasciende la descripción y la denuncia contra este atropello a nuestra naturaleza para entrañar, con una apocalíptica nota de pesimismo, la alegoría final de la existencia humana. Anuncia la llegada del Ángel de la Muerte y el terrible caos final:

Es la hora del Ángel iracundo  
Y es muy tarde, muy tarde para el hombre.  
Una crueldad de antiguas amenazas  
Va segando palabras transparentes.

Toda la voz me llega en este ocaso  
En el canto terrible de la muerte,  
En el canto de ahora que es un grito  
Que resquebraja enhiestas catedrales.

Como lo hicieron Miguel Hernández o Julia de Burgos, entre tantos otros, Lluç Mora pone de manifiesto en estos versos su preocupación social y, al expresarla, vuelven a aflorar -sin duda- sus vocaciones de poeta, historiador y educador. Se trata, como hemos apuntado antes, de la voz magisterial del intelectual, vertida en la palabra mágica

y trascendente del poeta, participando también en la historia de su tiempo.

Tal vez, el poema más emblemático del libro y uno de los más bellos, es la “*Sexta Alegoría: Canto en seis estancias sobre la fábula de Eneas y Dido*”. En este poema, como en ninguno otro, se manifiestan las tres dimensiones que hemos trazado de Francisco Lluç Mora. Allí el poeta recrea el mito de los amores de Eneas, héroe de la Guerra de Troya, que fue cantado e inmortalizado por Virgilio, y la hermosa Dido, Reina de Cartago, quien, al verse abandonada por su amante y presa de la desesperación, hace levantar una inmensa pira y se inmola.

Al recorrer el laberinto buscando a Dido, el poeta destroza su “aliento contra el muro donde el ladrillo antiguo me decía que no hay luz más allá de su dureza, de su firme estructura centenaria”. Ante la certeza de que no queda nada en el presente de aquellos amantes de Troya y Cartago, a pesar de la búsqueda iniciada por las ruinas, por los resquicios de la historia, vemos al poeta afirmar, con aliento esperanzador: “No pasa el instante vivido, mientras queda el recuerdo que arde con su llama”. Esa es la clave para desentrañar el mensaje aleccionador de esta obra.

Julio Cortázar señala que cada vez es más necesario que vayamos a la literatura como se va al amor y a la muerte, “sabiendo que son parte indisoluble de un todo y que un libro empieza y termina mucho antes y mucho después de su primera y de su última palabra”. Y según expresa el mismo Lluç Mora en esta composición, hay algo que nos salva y nos proyecta más allá de la vida y de la muerte. Dice el poeta:

No cesa la imagen que tenemos,  
no cesa con el frío de la muerte,

si quedamos latiendo en la corola  
perfecta de la llama que alentamos  
no se borran los cuerpos con la muerte,  
ni se olvida la gracia de un instante”.

Ese latido y esa llama es lo que permanece, lo que trasciende al tiempo y a la muerte. El poeta lo resume magistralmente en el último verso del “Soneto para Dido”, con el que concluye su “Fábula”, cuando afirma categóricamente: Sólo el amor nos salva del olvido”.

Recibido 2-02-06

Aceptado 17 -02-06



\*Conferencia pronunciada por la Dra. Amalia Lluch Vélez con motivo del reconocimiento que le hizo la Universidad de Puerto Rico en Ponce, a su padre, el poeta Francisco Lluch Mora, nombrándolo Doctor Honoris Causa. Este acto se efectuó el 9 de agosto de 2005 en celebración del trigésimo quinto aniversario de esta Institución.